SUPLEMENTO DE ESTILO Y DECORACION DE PAGINA|12. SABADO 18 DE JULIO DE 2009. AÑO 11. Nº 543

m²

áfricas

las notables experiencias de un experto brasileño que genera diseño rentable entre artesanos de Mozambique



Además: polémica en San Telmo, un premio de impresión, Frangella en el MARQ.







Hasta **Mozambique**

Renato Imbroisi trabaja de Brasil al Africa como un pionero con las más diversas comunidades de artesanos, mostrando lo que pueden producir estos escenarios como generadores de ingresos, nuevos productos y el realce de técnicas y materiales de su acervo cultural.

POR LUJAN CAMBARIERE

Habíamos encontrado su nombre al documentar los nuevos escenarios que representan, sobre todo al Sur, los diálogos entre diseño y artesanía. Por ser el pionero en programas admirables como Artesol o Sebrae, o por descubrir nuevos materiales de diseño como el *capim dourado*, una fibra vegetal que reluce como si fuese oro. O por mapear todo Brasil propiciando estos intercambios que ahora trascienden sus fronteras. Y, por supuesto, por su particular visión y observaciones tan acertadas, producto de la experiencia, citadas en cada encuentro o conferencia del tema.

Paradójicamente, por esas cosas de la vida, cada vez que estábamos por conocerlo el encuentro se frustraba. Mientras tanto el carioca Renato Imbroisi seguía sumando proyectos (hoy llegan a 134), premios y viajes por los lugares menos pensados.

Fue recién hace dos semanas, en San Pablo, que pudimos entrevistarlo. Y entre la euforia y la ansiedad que implicaba desandar tantas vivencias en poco tiempo, como todo lo que llega en el momento indicado, él nos regaló la respuesta. Sacó cual mago de la galera un verdadero tesoro para los que valoramos estas prácticas: el catálogo de su reciente trabajo en Africa. “Maravilha”, como dicen los brasileños. Absolutamente bello, increíble, contundente y una primicia para **m2**.

–¿Cómo fueron tus comienzos?

–Nací en Río. Mi abuela era costurera y vivíamos en un barrio muy tradicional, Urca, debajo del Pan de Azúcar. Ella cosía para grandes artistas y cantores como Carmen Miranda. Ella misma modelaba, cortaba. Yo viví un poco todo eso, jugando entre las prendas, así que con 14, 15 años, empecé a construir mi primer telar. Un telar muy simple, pero que me sirvió para hacer mis primeros tejidos y eso me llevó a mediados de los años ’70 (tengo 47 años), a través de una prima que confeccionaba bikinis, a que incorporara mis tejidos. Al poco tiempo decidí irme a vivir a San Pablo donde estudié telar en una escuela alemana, Waldorf, lo que me dio aun más fuerza para comenzar a enseñar. En ese tiempo trabajaba solo. Pero como ya me gustaba mucho viajar, comencé a ir al interior de Minas Gerais, donde mi familia tenía una casita y ahí empecé a tomar contacto con muchas artesanas, mujeres que tejían, bordaban. Así que decidí incorporar toda esa sabiduría a mis diseños. Traer de ellos otra mirada, materiales. Estuve viajando dos años por las montañas de Minas hasta encontrar un local donde instalarme, que en poco tiempo sumó 120 mujeres, entre artesanas que bordan, hacen crochet, tejen. Después sumé una escuela y un atelier en San Pablo. Hasta que en el ’96 decidí cerrarlo. Es que dos años antes comencé a viajar dentro de Brasil con los programas que dirigía del Sebrae y desde el ’94 al exterior (Italia, Japón). Me llamaban sobre todo porque veían que, más allá de la investigación y el producto, los grupos habían conseguido una buena y justa distribución de sus productos, que estaban en los mejores locales, que tenían una dinámica de ingresos constante, que es lo más difícil en estas experiencias que tratan de innovar desde la tradición. Además, mis proyectos buscan algo, que me parece fundamental, que es el intercambio entre los artesanos de todas las regiones.

–¿Cómo llegás a Africa?

–Fui convocado en 2003 para dirigir una escuela de artes de una fundación que dirige la mujer de Mandela y que apoya el desarrollo de varias comunidades. Sabían de mi trabajo, porque algunos de los proyectos tuvieron mucho reconocimiento. La primera vez fui 15 días. No conocía el continente africano y me quedé viajando por Mozambique para poder diseñar el proyecto que en poco tiempo comencé a implementar.

–¿Con qué te encontraste en lo que tiene que ver con técnicas y materiales?

–Algunas cosas me llamaron mucho la atención. Principalmente la escultura en madera, que es bellísima. Y la joyería, que es increíble y que han logrado mantener a pesar de todo tipo de dificultades. Antes de que yo llegara, la organización tenía talleres de artes y oficios, pero mal organizados. Por ejemplo, tenían un taller de cerámica, en un lugar donde no había barro. Para comenzar llevé a parte de mi equipo y con el tiempo formé otros docentes allá.

–¿De tejedor en qué te convertiste?

–Es curioso: de tejedor pasé a profesor y hoy podría decir que soy un emprendedor, consultor. Hoy hago más que nada la dirección de arte de cada proyecto. Pienso el concepto, pero fundamentalmente la parte comercial, que no tiene que ver sólo con el diseño y el producto, aunque es la más importante para estas poblaciones. De hecho es muy difícil formar a una persona emprendedora porque un poco se nace con ello, y aún más en este contexto, pero vamos avanzando.

–¿Trabajar allí fue difícil?

–La verdad es que todos nos agarramos malaria y tuvimos problemas de alimentación, pero se está viviendo un momento de reconstrucción en Africa bien interesante. Las personas son increíbles. De una generosidad sin límites, aunque tantos años de la más aberrante violencia como es la esclavitud han hecho que sean, a nuestra mirada, más tímidos. Por eso, una vez que terminamos las primeras colecciones, para mí fue fundamental que pudieran presentarlas. Ser ellos los verdaderos protagonistas. Dar notas a la prensa, recuperar su autoestima y autonomía, que en un país totalmente oprimido es mucho. Hoy los productos se venden en el aeropuerto de Maputo, en Lisboa. Son reconocidos. De hecho ese proyecto me llevó a otros en Mozambique como el que comencé en 2006 gracias a la Fundación Aga Khan, que es una agencia internacional de desarrollo sin fines de lucro, en Cabo Delgado, una de las provincias más pobres, del que da cuenta este catálogo, donde se encuentra el archipiélago de Quirimbas, una extensa cadena compuesta por cuatro decenas de islas e islotes de la que forma parte la isla de Ibo, donde trabajamos. En tiempos de las colonias, a su puerto llegaban las caravanas con las riquezas del interior como los paños de Maluan teñidos de añil, marfiles, ámbar, los caparazones de las tortugas, pero también el peor comercio que engendró el ser humano: la esclavitud. El apetito deshumanizado marcó el sentir de los isleños y selló a fuego su personalidad. Gente marcada por el dolor, la paciencia y la resistencia, que a pesar de todo luchó por preservar lo propio, patente en muchas de sus técnicas y objetos.

–¿Ahí nace la colección *Ujamaa*?

–Sí, la colección tiene varias líneas que pertenecen a distintos grupos de la isla de Ibo. La realizada con hojas, por ejemplo, por las floristas de Ibo que adquirieron la técnica del arte de la fabricación de flores a partir del interés común por aprender y comercializar algo innovador. Inicialmente ellas se juntaban semanalmente destinando todo lo que ganaban de la venta de panes, tortas y peces a la compra de materiales escolares o la mejora de sus casas. Ahora ellas son conocidas por las piezas hechas con hojas deshidratadas de diversas especies de árboles como el mango, entre otras, que cosen y tiñen con diferentes pigmentos naturales, produciendo una paleta de colores con los tonos de la isla, desde collares hasta accesorios para la mesa. La de costura con prendas llenas de significado y colorido. La de bordados, una técnica que llega a las islas a través de las misiones católicas portuguesas en el período colonial, y por algunas familias chinas, que ahora sofisticaron replicando todo tipo de iconos del lugar (barcos, animales, flores). Capítulo aparte merece la escultura en madera que viene de los makondes y de los artesanos de la etnia macua, que de hecho da nombre a toda la colección, ya que la expresión humana adquiere forma a través de *Ujamaa*, una torre de intrincadas figuras humanas que simbolizan la solidaridad de la nueva sociedad africana, adaptadas ahora a collares y pulseras. También la belleza de la simpleza de la cerámica que usa tierra y leña. Y ni que hablar de la plata, un material cargado de significados, ya que los ornamentos son cruciales para estas etnias. Los adornos usados desde tiempos inmemorables por hombres y mujeres identifican su proveniencia regional o su status social. En este caso, a través de la técnica de la filigrana pasada por los perso-árabes en el siglo XVI, conservada aún en el archipiélago de Quirimbas. Por último, la colección ostenta bellísimos bolsos en paja que sacan de los pantanos con técnicas, patrones y pigmentos ricos en diversidad, heredados de la cultura swahili.

–¿Y cómo combinás en lo personal tu trabajo en Africa con el mundo más fashion?

–Cuando tenía mi escuela en San Pablo, a la que venía sobre todo la clase alta, también trabajaba en las favelas. Yo nunca seguí una tendencia. Lo mío tiene que ver con la historia local de cada lugar y la productividad con baja tecnología, aunque éstos deban ser expuestos en los grandes centros de moda.

–¿Hallazgos o perlitas que te ha regalado tu trabajo?

–En Japón lo que más me impresionó, inclusive tengo el proyecto en carpeta, fue en el sur, en Okinawa, los tejidos de banana, pero como si fueran seda pura, a través de una tecnología altamente sofisticada con la que adoraría hacer un intercambio. Y en Brasil, hace más de 15 años, el *capim dourado*. Fui el primer diseñador en trabajarlo en el ’95 en Tocantins. Cuando llegué a una comunidad muy alejada era de noche, no había luz en la ciudad, y una persona me muestra con una vela eso que brillaba por de más y me quedé impresionado porque nunca había visto algo así. Estuve trabajando cuatro años allí con muy buenos resultados. De un sombrero muy pesado y algunas cestas que hacían usando mucho material (hay que tener en cuenta que la recolección de *capim* se hace sólo una vez al año) pasamos a diseñar bellísimos accesorios, collares, bolsos, carteras, anillos, pendientes, optimizando su empleo.

–¿La máxima satisfacción? ¿El mayor premio a tu trabajo?

–Tengo premios que valoro mucho. Pero el más grande, creo, es justamente éste: el haber podido ir a trabajar a Africa. Algo que nunca imaginé.

–Sobre todo porque lo tuyo es hacer camino al andar...

–Y sí, no hay documentación para estas experiencias. Todo es nuevo, desde la gestión, las maneras, el crear cooperativas, la comercialización.

–Y en lo personal, ¿cuáles son las enseñanzas?

–Infinitas. Lo mismo que las curiosidades. Por ejemplo, Africa y Brasil son muy similares en cuanto al entusiasmo. Curiosamente a los artesanos con los que trabajé en Italia les sobraba técnica, pero les faltaban estímulo, entusiasmo. Algo que sobra en nuestras comunidades.

–¿Y en común?

–Todos necesitan expresarse y sobrevivir con su trabajo. En Africa y Brasil está la necesidad de vender hoy para pagar hoy. Por eso hay que resolver rápido y poner más énfasis en cómo organizarse, embalar, mostrar, a dónde vender, para no frustrarlos.

–¿Hay una palabra clave para trabajar en las comunidades?

–No una, muchas; pero principalmente respeto y paciencia. Mucha paciencia.

Agradecemos especialmente las fotografías de Lucas Cuervo Moura, diseñador gráfico y fotógrafo que documenta los trabajos de Imbroisi.

Nuevos papeles

La firma Muresco presentó esta semana una nueva colección de papeles sedados de pared. La Línea Cynthia usa una paleta de colores claros con tonos transparentes, con diseños gráficos que van del desafío moderno a lo delicado. Lo interesante de esta línea es que es de edición limitada, algo que antaño significaba, por motivos técnicos, de alto costo, pero hoy puede usarse como un ámbito de experimentación y cambio. Muresco tiene casi 40 años en el mercado y es una firma que exporta a muchos países, incluyendo europeos y EE.UU., y que en años recientes entró en un camino de renovación del diseño de papeles de pared. La diseñadora Vanina Mizrahi es una de las autoras de la casa. Esta y otras líneas de Muresco pueden verse en www.muresco.com

Un premio a la impresión

Una de las sorpresas de los últimos años en este país tan raro es que se están imprimiendo buenos libros visuales. Hasta hace relativamente poco, el formato grande, el color y el registro exacto parecían monopolio chileno. Este cambio, que es tanto de tecnología como de concentrarse en hacer bien las cosas, queda en claro en cosas como un premio que acaba de dar la Cámara Argentina de Publicaciones a la imprenta Brapack. La Cámara ya lleva concedidos 21 premios a la calidad con el nombre “Los libros mejor impresos y editados en la Argentina”, y este año el oro en la categoría Arte, Diseño, Arquitectura y Fotografía fue para un libro de la Sociedad Central de Arquitectos. La obra es ese tesoro de información llamado *Concursos 1825-2006*, que historia esa manera de elegir edificios a lo largo de dos sorprendentes siglos. Es un objeto impresionante, de más de 800 páginas, tapa dura, sobretapa y nada menos que tres cordones señaladores. Y hojearlo permite entender por qué Brapack se ganó el premio: la obra está atiborrada de diminutos dibujos de plantas, alzadas y cortes, todos perfectamente entendibles pese a su escaso tamaño. Quienes conocen la firma cuentan que esto no es sólo buena tecnología sino una cierta obsesión por la calidad y el registro que ya se vio en otras varias publicaciones de estudios.

POR SERGIO KIERNAN

Un caso del 900

En esa cuadra vieja de la calle Estados Unidos se alza una casa muy entera, que está a punto de demolerse. San Telmo Preserva se movilizó y se encontró con una sorpresa verdaderamente inesperada.

El 18 de junio, una vecina de San Telmo pasaba por la cuadra de la calle Estados Unidos entre Bernardo de Irigoyen y Tacuarí. En la vereda sur, vio salir de una vieja casona unos obreros llevando maderas y vigas. La señora se acercó a mirar y los albañiles, cordiales, le dijeron que se apurara a sacar fotos porque la casa se demolía. A la señora le extrañó porque, al fin y al cabo, estaban en pleno San Telmo, en pleno casco histórico. Y por eso les mandó un mail a sus vecinos de San Telmo Preserva. Así empezó una historia que puede clasificarse entre los dolores de parto del sistema porteño para preservar el patrimonio.

Este año, la Legislatura sancionó la ley 3056, que amplía la vieja 2548 a toda la ciudad y hasta fines de 2010. El mecanismo se basa en una idea de la diputada Teresa de Anchorena (CC), presidenta de la Comisión de Patrimonio, que había presentado un proyecto general de protección para todo edificio anterior a 1941. En esencia, ésa es la actual ley, que prohíbe demoler o alterar cualquier edificio anterior a esa fecha sin un trámite especial.

Este trámite le saca al Ejecutivo el monopolio de la autoridad, en el sentido de que no puede interpretar solito la ley. Cuando alguien pide autorización para demoler o modificar un edificio, en ventanilla se fijan en la edad del edificio. Si es de 1940 o antes, la carpeta se envía a una entidad llamada Consejo Asesor en Asuntos Patrimoniales. El CAAP tiene un plazo perentorio para pronunciarse por sí o por no. Si no encuentra méritos para preservar el edificio, devuelve el asunto al Ejecutivo para que se autorice la demolición. Si los encuentra, la carpeta va a la Legislatura para que se catalogue por el bizantino trámite normal, con lo que el bien queda inhibido hasta que los diputados decidan.

La casa que vio la señora en Estados Unidos 946 claramente cae dentro de la ley. Es de esas casas en PH, planta baja y un piso, muy argentinas y con ornamentos afrancesados que no alcanzan para hacerla francesa. Como se ve en la foto, las herrerías bombé son canónicamente afrancesadas, igual que la decoración del balconcito a la izquierda, que se une con gracia a la linda máscara femenina. El edificio está obviamente baqueteado y mal utilizado, pero íntegro, sin patologías ni grietas. Hasta el símil piedra de la fachada está entero, con todos sus ornamentos en su lugar.

Es por eso que en San Telmo Preserva asumieron que se trataba de otra demolición clandestina y se movieron a toda velocidad. La misma noche del mail se comunicaron con el diputado porteño Patricio Distefano (PRO) que, al día siguiente, 19 de junio, mandó a un asesor a ver el lugar. La casa estaba vacía y cerrada, con lo que no hubo manera de comprobar nada. Distefano prometió seguir el tema y consiguió inspecciones de la Dgfyco, la entidad municipal que fiscaliza y controla las obras. Los inspectores eventualmente encontraron a alguien en la casa, pero no pudieron clausurar la obra porque no había ninguna: la demolición no había empezado y no había nada que sancionar.

Así siguió el asunto hasta que se supo que este miércoles se hacía el remate de materiales de demolición de la casa. Este tipo de remate es un siniestro velorio para una casa patrimonial. Uno entra y se encuentra el edificio con cada elemento removible decorado por una etiqueta con un número. Pinoteas, rejas, puertas, ventanas, vitrales, pisos de mosaico, escalones, mármoles... todo es ya un lote que se entregará al mejor postor cuando se realice la demolición.

El diputado Distefano llegó al remate con dos inspectores y sabiendo que el Ejecutivo no había dado permiso para ninguna demolición. El dueño del edificio, muy airado, discutió con el diputado y lo dejó asombrado con un argumento ilevantable: era cierto que todavía no tenía el permiso de demolición y por eso no había demolido la casa, pero él ya sabía que el CAAP la había autorizado, por lo que el permiso era sólo cuestión de tiempo, de trámite. Cuando tuviera los papeles, les entregaría a los compradores sus materiales. Distefano se retiró y los inspectores nuevamente no tuvieron nada que clausurar.

De vuelta en su despacho de la Legislatura, el diputado averiguó que efectivamente el CAAP había considerado la casa de Estados Unidos 946 y no había decidido inhibirla. Italianamente enojado, Distefano presentó el mismo jueves un proyecto para catalogarla y se ocupó de que el Ejecutivo quedara avisado para prohibir su demolición. Este paso de fuertes consecuencias, el diputado lo explica diciendo que "toda la legislación patrimonial fue hecha para un inmueble como éste. No es una pieza única, una maravilla arquitectónica, pero tiene valor arquitectónico, es parte de un contexto, está pegada al APH de San Telmo y está dentro de su futura ampliación. No entiendo por qué el CAAP no la protegió y por eso propongo catalogarla con el grado cautelar".

Resultó imposible para **m2** leer los considerandos de la decisión del CAAP, pero la información parcial disponible parece indicar que fue justamente una cuestión de contexto lo que hizo tomar una decisión negativa. El lado sur de esa cuadra arranca en Tacuarí con un enorme y muy noble garaje –un edificio bien construido para esa función allá por los años veinte, y no una de esas playas de morondanga de hoy–, pero contiene un par de casas abominables y una de esas torres que le darán por siempre un mal nombre al Fonavi, en la esquina de Bernardo de Irigoyen. Pero este lado sur maltratado hace pendant con un lado norte mayoritariamente de época, con lo que el tema del contexto en todo caso será un empate.

Patricia Barral, de San Telmo Preserva, opinó que en caso de empate hay que decidirse por la preservación, ya que una demolición no tiene retorno. Y explicó una vez más que los vecinos del barrio ven el contexto no sólo en términos de calidad arquitectónica sino de continuidad. "Este es un barrio donde importa que siga estando lo que ya está", dijo, "y no nos importa tanto que 'quede lindo' si se altera el contexto".

La situación es, entonces, nueva. La ley de preservación y sus mecanismos crearon la primera contradicción entre patrimonialistas, lo que abre una agenda entera. Es la hora de ocuparse de los grises, y no sólo de los blancos y negros de la piqueta y la preservación.



POR MATIAS GIGLI

Frangella en el MARQ

Parte de la larga trayectoria de Roberto Frangella se puede ver en estos días en el Museo de Arquitectura de la Sociedad Central de Arquitectos. Las paredes del segundo piso de la torre de agua de Libertador y Callao están cubiertas de dibujos y croquis de obras de este arquitecto. Frangella balancea muy bien su producción: por las mañanas trabaja en su taller de plástica y por las tardes se dedica de lleno a la arquitectura. Y ambas actividades están directamente contaminadas entre sí, generando una producción muy particular.

En la presente muestra, *Dibujos de taller*, se exponen los originales de los dibujos de sus últimos proyectos, tanto de casas como de concursos. Se destaca el primer premio en la Facultad de Coro y Música de San Juan, ganado el año pasado junto a Valeria del Puerto, Diego Colon, Horacio Sardin y Bárbara Berson, con los que trabaja habitualmente. La tanda de croquis de concursos se completa con el Parque de la Ciudad, el rediseño del Hotel Majestic para la AFIP y viviendas en Corrientes, entre otros.

Por otro lado, se exhiben en formato grande una serie de croquis de Buenos Aires que retratan parte de nuestra ciudad, como el gran mirador de la Recoleta, la plaza San Martín y el edificio Kavanagh, entre otros trabajos pintados con tintas.

La faceta plástica de Frangella se complementa con su otro gran interés, que apunta a fortalecer una participación social de la profesión y un compromiso con la gente y los barrios más humildes y carenciados. Es un tema que lo lleva año tras año a organizar un concurso de ideas solidarias en el marco de la SCA, abierto a profesionales y estudiantes.

Desde la postal que hace las veces de programa de la muestra, Frangella introduce su obra con una explicación de su forma de trabajo desde su taller, la cual comenta de forma espontánea: "Mi mesa llena de lápices, de colores, plumas, tinta china y pinturas es mi sitio preferido, desde el cual imagino un mundo mejor, tratando de hacer todo con arte, armonía y creatividad. Los dibujos van buscando la definición de los proyectos y los proyectos van soñando con nuevas realidades".

Con esa claridad y simpleza es que desarrolla su actividad, lo que lo sitúa en un espacio bien próximo a las nuevas generaciones de jóvenes arquitectos.